

DOMINGO XXXII del T.O.
7-11-10

Con ojos nazarenos
HH. SAGRADA FAMILIA



LAS LECTURAS

Evangelio según San Lucas 20, 27-38

En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección de los muertos, y le preguntaron:

- Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cácese con la viuda y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección de los muertos, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella.

Jesús les contestó:

- En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan de la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos.

EL COMENTARIO DESDE NAZARET



"Serán hijos de Dios"

En el evangelio de hoy los saduceos ("que negaban la resurrección") proponen a Jesús una pregunta insidiosa. Su finalidad parece ser tanto la de ridiculizar la concepción que los fariseos tenían de la vida del más allá como la de poner en dificultad a Jesús y así desacreditar su enseñanza.

Jesús deja de lado los aspectos más o menos grotescos de la pregunta y va directamente al punto clave: el hombre no termina con la muerte, Dios es un Dios de vivos, la condición de vida actual es transitoria con respecto a la vida futura. Citando las palabras del Exodo (3,6), Jesús refuta a los saduceos en su propio terreno, pues ellos sólo admitían los libros del Pentateuco, en cuanto solo esos eran considerados escritos por Moisés. No responde, pues, a la pequeña pregunta suscitada, sino a la gran cuestión de la resurrección de los muertos dentro de la cual se resuelve también lo que le han preguntado.

Las palabras de Jesús dejan entrever algunos detalles de la condición del hombre en la vida futura: "no se casarán", serán "como los ángeles", "no pueden morir",

"serán hijos de Dios". Es difícil establecer nexos de causalidad entre esas proposiciones. De hecho las traducciones muestran grandes divergencias. La explicación más correcta parece ser el decir que la razón de todo está en las palabras que siguen al texto: "Dios es un Dios de vivos". El es el viviente y fuente de toda vida, por eso "los que sean dignos de la resurrección" serán en plenitud hijos de Dios, no morirán, no se casarán, serán como los ángeles.

Con su muerte y resurrección Jesús dará la prueba definitiva de la verdad de sus enseñanzas. Jesús es el primogénito de los que resucitan de entre los muertos (Col 1,18), el primogénito de una multitud de hermanos (Rm 8,29).

La vida de Nazaret

En Nazaret empezó ya a vivirse la novedad del Reino de los cielos. Una de sus características más relevantes es la virginidad: "no se casarán".

En el momento del anuncio del nacimiento del Mesías, descubrimos que María había hecho propósito de permanecer virgen: "no conozco varón" Lc 1,34. El relativo anacronismo del propósito de la virginidad pone aún más de relieve la novedad de los tiempos mesiánicos. Poco después esa planta nacería con fuerza en la Iglesia.

La concepción virginal del Mesías -tan alejada de los mitos paganos del mismo género- es un signo claro tanto de la trascendencia de Cristo como de la realidad de la encarnación. Pero muestra también cómo Dios es el único autor de la vida nueva. La concepción virginal de Jesús es también una nueva creación. José no es el padre biológico de Jesús, ni se trata tampoco de una generación en sentido biológico por parte de Dios.

María y José, unidos en matrimonio, vivieron en Nazaret la novedad de la virginidad, no como una carencia, sino como una sobreabundancia de vida. Dios, autor de la vida, había intervenido en María en un modo maravilloso. Ella, la llena de gracia, había sido colmada por la acción y el poder del Espíritu Santo. Como sucedió con el arca de la alianza cuando "la gloria del Señor llenó el santuario y Moisés no pudo entrar en la tienda del encuentro porque la nube se había posado sobre ella y la gloria del Señor llenaba el santuario" Ex 40,34-45.

El amor de María y José estuvo al servicio de la llegada del Reino de Dios a la tierra, por eso, aunque casados, son también perfecto modelo de "quienes se hacen eunucos por el reino de Dios" Mt 19,12, anticipando como signo lo que será la condición de todos en la otra vida.

Nuestra vida

En un mundo de ideologías inmanentistas y sumido en algunas partes en la civilización del consumo, el cristiano, todo cristiano, está llamado a dar testimonio de la vida futura. Su fe proclama que si esta vida tiene un sentido es en función de un futuro trascendente. Y ese futuro no falla porque no está garantizado por la afirmación de una teoría o por el esfuerzo de los hombres, sino por el mismo Dios, que ha resucitado a Jesús.

El testimonio de la vida futura, de la trascendencia, no es negación de lo que ahora vivimos, ni de las tareas mundanas, al contrario, es darlas todo su valor. Pero al

mismo tiempo la fe en la otra vida relativizada todo lo presente, afirmando que lo definitivo no es el orden de este mundo.

En esta línea de pensamiento es particularmente significativa la opción por el celibato hecha por un cierto número de cristianos. Al igual que la virginidad de María y de José, el celibato por el reino de los cielos en seguimiento de Cristo, tiene como motivación última, no la negación del amor, sino el don de Dios y su intervención en la historia personal de un hombre o de una mujer para hacerle un signo especial de lo que será la plenitud del Reino.

Quien opta por el celibato introduce en su amor dos dimensiones propias de la otra vida: la inmediatez del amor absoluto a Dios y la universalidad del amor a los hombres. Naturalmente, estas dimensiones se viven en la fragilidad de la carne y con todo el lastre de la debilidad humana. Aun así, la Iglesia reconoce un signo muy valioso de los bienes futuros, de la situación final de la historia humana cuando ya "ni hombres ni mujeres se casarán porque ya no pueden morir puesto que serán como los ángeles".

H. TEODORO BERZAL. FSF.

